

Marinos e Imaginativos

Cuéntase que no lejos de una importante población había una ermita dedicada a la Santísima Virgen en una de sus marineras advocaciones, a la cual la devoción de vecinos y forasteros llevaba diversidad de exvotos, ofrendas y alhajas con que embellecer la imagen. Algunas de estas últimas desaparecieron y las sospechas sobre el hecho recayeron en un soldado de la guarnición de aquella plaza por haberse observado que éste último visitaba la capilla con bastante frecuencia. Se le registró, encontrándosele, en efecto, dos corazoncitos de plata y una sortija. Pasó al calabozo y se le formó sumaria. No podía el soldadito negar el hecho, pero sostuvo siempre que él no había robado los objetos sino que la bondadosa Virgen, que conocía su pobreza y sus necesidades, se los había regalado. Fácil es colegir que la singular defensa no convenció a los vocales del consejo de guerra y le condenaron a la pena de muerte. Elevóse la sentencia al rey para que la aprobase, pero éste, en descargo de su conciencia, resolvió convocar a los eclesiásticos para que declararan si era posible que la Virgen hubiese hecho tal regalo al soldado. Muy raro y especial es el caso — contestaron los teólogos, movidos sin duda a la clemencia — pero, por ser verdad incontrovertible que el poder y la misericordia de Dios son infinitos, no podemos tener por imposible que las manifieste alguna vez de este modo en favor de sus escogidos. Oída tal declaración, escribió el rey al pie de la sentencia:.... «Venimos en

librar de la pena de muerte al acusado que ha negado constantemente el hurto, por cuanto los doctores de la religión no han juzgado imposible el favor de que se vanagloria, pero le prohibimos, bajo pena de la vida, que en adelante admita regalo alguno de la Virgen ni de ningún Santo, sea el que fuere...»

El original relato viene a avivar el recuerdo de los opotegmas y filosofías peculiares de nuestros navegantes de antaño, cuyo humor y cuya simpatía bastarían a describir el ambiente de aquel pasado y dibujan una serie de tipos que quedan aún grabados en algunos archivos de la memoria.

Bajo los vetustos pórticos de la Plaza de España donde en días de lluvia y temporal, mientras los buques se mecían en el puerto, se reunía la gente de mar y la flor de la facundia *ganxona*, platicábase con frecuencia con palabra pronta y viva, embellecida por la fogosidad y la originalidad, ora acerca de las tormentas de un primer día de estar embarcado, del silbar de los vientos y del bramido de las olas, de los lobos de mar; o de lo que significaba dar la vuelta al globo, y, en resumen, de toda la ciencia marítima; todo ello adobado con la salsa de la labia y del buen humor, y de una inventiva de la que ofrecemos al lector el siguiente bosquejo.

Una mañana dominguera, al cobijo de las viejas arcadas, se discurría acerca de los efectos del viento reinante aquel día; el «noroeste» o «*mestral*» al que, según opinión de algunos, podía suceder el «mediodía» o «*mig-*

jorn», o el del sudeste o «*xaloc*». Al llegar la conferencia a su punto culminante, uno de los imaginativos cuya genialidad formó época intervino con ánimo de espetar ante la asamblea de la náutica una de sus más notables hazañas, ocurrida cuando aquél era navegante, a causa precisamente de una «*forta mestralada*». En medio del mayor silencio habló el *ganxó* de esta guisa:

— Ja sabeu tots que els que hem navegat som mig pintors degut a la pràctica que un hom agafa a forsa de fer-ne. Doncs bé; jo tenia una ventatja sobre els demás companys i consistia aquesta en la meva especialitat en imitar el *màrmol*. Una vegada, trobant-nos en alta mar i amb una gran calma, el capità em cridà i digué: Mira, ara seria bona ocasió per a què em pintessis la taula de la cambra. Ansial vaig contestar; i posant-me als pinzells la meva obra d'art va quedar llesta la mateixa tarda. Al damunt semblava talment que hi hagués una pedra de *màrmol*. Tota la tripulació en quedà admirada i fins el capità, el pilot y el majordom em varen felicitar, i, quan més embabiecats estaven, entrà una gran *mestralada* i la taula caigué al mar. El capità feu posar el barco *al paio*,

arriaren un bot amb quatre homes, i vinga a buscar la taula. Tot fou inútil; el moble havia anat a parar al fons! Aixó us demostrarà que la imitació de la pedra era perfecta.—

Salía en aquellos instantes de la acreditada barbería d'En Verderol otro magnate de la inventiva y de la improvisación, el celeberrimo *Llampí*, apretado de carnes, la piel reluciente por efecto del afeitado, y tras haber escuchado las últimas palabras del ilustre calega, replicó:

— Doncs jo, una vegada tenia el meu noi malalt. Va venir el metge Rabell a visitar-lo, es treu el termòmetre per a pendre-li la temperatura i el termòmetre si li posa sota zero. El metge no s'explicava el fenomen, pero jo que em fixo en un quadro que hi havia al *quarto*, que representava un paisatge tot nevats... I mira si estaria ben imitat, que tot va ésser treure aquell *quadro* com pujar el termòmetre com un carbasser...—

Las prontitudes, con su chispa, como las filosóficas sentencias y respuestas de los navegantes e imaginativos de *Ganxonia*, que dejaron tanta memoria, lejos de ser despreciables, podrían ofrecernos muchas páginas llenas de poesía y de originalidad.

J. Soler Cazeaux



D. Luis Albacar Martín

Falleció en Valencia el 29 de abril de 1956 (Q.E.P.D.) Sus apenados: Esposa Dña. Josefina Gelabert Malaret, hijas Josefina, Victoria y Luisa, padres políticos, hermanos, hermanos políticos y demás familia, participan a sus amistades y conocidos en esta ciudad tan irreparable pérdida.